

**La Revolución Cubana en el
diario argentino “La Nación”:
euforia, decepción, condena (1959-1962)**

**The Cuban revolution in the Argentine
daily newspaper “La Nación”:
euphoria, deception, accusation (1959-1962)**

Oscar H. Aelo*
Pablo Pérez Branda**

Resumo: O artigo analisa os diferentes pontos de vista adotados pelo jornal argentino “La Nación” perante a Revolução Cubana. O jornal claro, expoente de uma linha de pensamento liberal-conservadora, jogou um importante papel à hora de avaliar as notícias chegadas desde La Habana. No entanto, o tom do discurso jornalístico não foi linear, passando em pouco tempo da euforia à condenação do processo cubano.

Palavras-chave: Historia Latino-americana – Revolução Cubana – Jornal La Nación

Abstract: This article aims to analyze the different positions adopted by “La Nación” newspaper on the Cuban revolutionary process. The newspaper, that was exponent of one lines of thought liberal-conservative, played an important role when evaluating the news arrived from La Habana. However, the tone of the journalistic speech was not lineal, passing in little time from the euphoria to the condemnation of the Cuban process.

Key words: Latin American history – Cuban Revolution – La Nación newspaper

*Departamento de Historia. Facultad de Humanidades. UNMDP. E-mail: ohaelo@mdp.edu.ar
**Becario Doctoral CONICET. UNMDP. E-mail: perezbranda@speedy.com.ar

Introducción

Al igual que las otras tres revoluciones ocurridas en América Latina en el siglo XX –la mexicana, iniciada en 1910, la boliviana, en 1952 y la nicaragüense en 1979– la victoria del proceso revolucionario comandado por Fidel Castro significó para Cuba una reestructuración radical de las relaciones de poder entre las clases sociales, y entre éstas y el sistema político. A la Revolución Cubana, en contraste con los otros casos mencionados, se le ha asignado una vasta influencia en el escenario político regional, especialmente en los modos de abordar la temática revolucionaria tanto en las ideas cuanto en las prácticas políticas. Una vertiente de esa influencia ha residido en la aparición de grupos u organizaciones que, en varias naciones del subcontinente, pretendían reproducir las tácticas adoptadas por las huestes guerrilleras cubanas en la Sierra Maestra. Otra, tuvo que ver con los agudos enfrentamientos entre las diversas corrientes de izquierda, que tendió a oponer a los partidarios de la vía política, de medio o largo plazo, a quienes entendían que el deber del revolucionario era “hacer la revolución”¹. Sin embargo, una influencia menos directa –pero no menos importante– fue advertida por Tulio Halperín Donghi, quien señaló el peso de la cuestión cubana en “la consolidación a escala latinoamericana de un frente antirrevolucionario dominado por los sectores más hostiles a cualquier modificación [...] del orden vigente”².

Una parte relevante (no necesariamente principal) de esta reconfiguración de un “partido del orden” de alcance continental les cupo a los medios periodísticos. En la Argentina, un lugar destacado entre los actores políticos que lentamente cerraban filas en el mantenimiento del *statu quo* fue ocupado por el diario *La Nación*, tradicional y prestigioso órgano de prensa. En este marco, el objetivo

¹ Véase, entre otros, TISMANEAU, Vladimir. El castrismo y la ortodoxia marxista-leninista en la América Latina. In: AA.VV. *Cuba, 1959-1991. Evaluando el castrato*. Costa Rica: IICLA, 1991, p. 109-136.

² HALPERIN DONGHI, Tulio. *Historia contemporánea de América Latina*. Buenos Aires: Alianza, 1988, p. 410.

del artículo es reconstruir la particular y varias veces modificada opinión que el periódico difundió sobre el fenómeno cubano entre el 1° de enero de 1959 y los primeros meses de 1962; vale decir, entre el inicio victorioso de la revolución y la expulsión de Cuba de la Organización de Estados Americanos.

Se ha elegido a este matutino por ser considerado un referente obligado entre los medios periodísticos argentinos que intentaban modelar la agenda política bajo el supuesto que expresaban los puntos de vista de la “opinión pública”. El diario, que había sido fundado en 1870 por el ex presidente Bartolomé Mitre, intentó desde sus orígenes ubicarse en un lugar diferente al de la prensa “facciosa” (partidista), y convertirse de hecho en lo que su lema decía que era: una “tribuna de doctrina”. Aunque *La Nación* ha sido considerado, especialmente por sus críticos, un instrumento ideológico de la “oligarquía ganadera”, análisis más precisos lo han ubicado como un actor político autónomo, enrolado en la defensa de un ideario liberal-republicano, siempre predisposto a asumir un papel de unificador ideológico de los sectores económicos dominantes³.

Desde 1955, el debate político argentino se hallaba dominado por la antinomia peronismo-antiperonismo, desnudando la desorientación de los actores políticos enfrascados en un “juego imposible” de proscripciones, dictaduras “democráticas” y democracias limitadas, mientras la situación internacional mostraba una complejidad aún mayor, con las fervorosas disputas ideológico-políticas entre Estados Unidos y la Unión Soviética, imperios coloniales que se derrumbaban y liderazgos tercermundistas que intentaban optar por el “no alineamiento”. En tal contexto, la atmósfera política nacional e internacional comenzó a conmoverse con las noticias que desde La Habana anunciaban el triunfo de los liderados por Fidel Castro. *La Nación* no sólo no quedó al margen de los acontecimientos, sino que desde el primer momento ofreció una particular interpretación de los hechos.

³ SIDICARO, Ricardo. *La política mirada desde arriba. Las ideas del diario La Nación 1909-1989*. Buenos Aires: Sudamericana, 1993.

1. Euforia

El ingreso de las huestes castristas triunfantes a La Habana el 1º de enero de 1959 significó para el diario *La Nación* el desafío de describir, analizar, y en algún punto justificar ya no sólo los derroteros de la particular gesta libertaria; también, insertar la experiencia en el seno de la cambiante geografía política nacional y latinoamericana. La noticia del triunfo revolucionario se instaló con vigor en la redacción de *La Nación*, preparada para darle inusitada relevancia con expectativas, aunque también con reparos. La “caída sin grandeza” de Fulgencio Batista prometía depositar a la isla en el edénico terreno inicial configurado por quienes dieron forma a Nuestra América. La tentativa transformadora del triunfante *Movimiento 26 de Julio* –la principal de las organizaciones revolucionarias cubanas– impulsaba grandes líneas de cambio y ponía “particularmente el acento en la moralización de la vida pública del país”. No obstante la euforia inmediata, se preveía que la metamorfosis sería compleja, posiblemente plagada de dificultades. La tarea podía verse transfigurada por estar formadas las huestes triunfantes de “elementos de distinto origen, unidos para la lucha por la liberación, acaso separados pronto por la obra constructora”⁴. El inteligente vaticinio inicial invitaba a reflexionar a los lectores del diario sobre la “fragilidad de las coaliciones formadas para derrocar gobiernos en nombre de la democracia”⁵. Con todo, se ensayaban forzadas comparaciones entre el “recio combatiente de la sierra” y los militares argentinos que habían derrocado al peronismo: tal vez la euforia y la lejanía posibilitaran el ilustrativo parangón inicial.

El ámbito de la crónica fue tibiamente absorbida por la puesta en marcha de alguno de los cambios prometidos en la etapa revolucionaria. Que Castro se ocupase inmediatamente de la primera etapa de la prometida reforma agraria, en lo que pudiera llamarse la

⁴ La Nación, *Caída sin grandeza*, 2-1-59.

⁵ Sidicaro, *La política mirada...*, p. 276.

revolución social para los agricultores cubanos, no mereció por parte de *La Nación* mayor atención⁶. El particular silencio ubicó al diario en una posición expectante, a pesar de conocerse que el vasto programa de Castro prometía repartir tierras entre los campesinos que ayudaron a combatir la dictadura de Batista. Se trataba, por entonces, de una reforma agraria mucho más moderada que la boliviana o la mexicana⁷. La breve y aséptica notificación, subrayando que se preveía repartir tierras fiscales y otras no explotadas por sus propietarios, daba a entender lo temprano y aventurado de un juicio en materia tan sensible.

Indudablemente importaba más cuál podría ser la deriva del *Movimiento 26 de Julio*. *La Nación* aspiraba a que se respetase el programa de la Sierra que era fiel, decía, al pensamiento de Martí.

La lucha tiene, pues, dos fases complementarias: la destructiva y la constructiva. En una hay que reducir a escombros el aparato maldito de la tiranía; en la otra hay que alzar sobre sus ruinas el edificio libre de la verdadera república. Estamos todavía en la primera. Por cuanto tiempo no lo sabemos, aunque todos debemos prepararnos para la eventualidad de una lucha larga y cruenta.⁸

La tarea destructiva era una puesta a prueba que ayudaría a reparar los errores del pasado afirmando la democracia y la justicia social. El propio Castro no subestimaba la labor que se tenía por delante. Los enemigos de la revolución, afirmaba, podían ser “los propios revolucionarios” si se dirigen al pueblo sin la verdad y creando falsas expectativas⁹. El *Movimiento 26 de Julio* estaba integrado, por individuos de muy disímil procedencia e ideología. Había, para decirlo con palabras de Fidel Castro, “quienes querían una revolución como siempre y quienes querían una revolución como nunca”¹⁰.

⁶ La Nación, *Castro se ocupa de la reforma agraria*, 3-2-59.

⁷ La primera ley de Reforma agraria está fechada el 17 de mayo de 1959. En ella se estableció un límite máximo para los propietarios individuales de 402 hectáreas que podía ser mayor en casos excepcionales. Véase LUIS, Julio García (ed). *La Revolución Cubana. 45 grandes momentos*. Barcelona: Ocean Press, 2005, p. 28-35.

⁸ La Nación, *La restauración en Cuba*, 6-1-59.

⁹ La Nación, *Discurso del Comandante Fidel Castro en la fortaleza militar de Columbia*, La Habana, 8-1-59.

¹⁰ KOURÍ, Raúl Roa. Un año de la revolución cubana. *Cuadernos Americanos*, N° 3, Mayo-Junio 1960, p. 44.

La desarticulación de la estructura dictatorial comenzó con el enjuiciamiento y ejecución de líderes y colaboracionistas *batistianos* acusados de torturar y asesinar a opositores políticos. El diario *La Nación* evitaba omitir opinión sobre las ejecuciones, a veces sumarias, pero sistemáticamente dedicó considerable espacio a reproducir los cables que llegaban de las agencias norteamericanas que veían con preocupación los acontecimientos¹¹. En efecto, el principio de las malas relaciones entre la Cuba revolucionaria y Estados Unidos fue consecuencia de este choque entre los valores de la justicia y el castigo que tenían los revolucionarios y los valores de equidad y moderación que –argumentaban los norteamericanos– una sociedad liberal aplicaba a sus enemigos¹². Aunque el diario evitó editorializar acerca de tan álgido tema, adoptó una estrategia de interpretación “indirecta”, al abrir sus páginas a la opinión sobre los acontecimientos del reconocido periodista Jules Dubois, que por aquel entonces se encontraba al frente de la Sociedad Interamericana de Prensa (SIP), organismo del cual *La Nación* era uno de sus miembros latinoamericanos más distinguidos.¹³ Dubois, en principio, quitó entidad al problema por considerar que se trataba de un “mínimo de represalia por parte del pueblo”; más le preocupaba la existencia de dos gobiernos paralelos en Cuba: “uno es la rama civil presidida por Urrutia, el otro la rama militar que dirige Fidel Castro” y sentenciaba que

¹¹ Véase *La Nación*, *Más sentencias en la cabaña*, 3-2-59; *Sentencias capitales dictaron en La Habana*, 4-2-59; *Tres ejecuciones en la Fortaleza de La Habana*, 7-2-59; *Fue ejecutado el comandante Sosa Blanco*, 19-2-59; *Ejecuciones en Santa Clara*, 21-2-59; *Nuevos fusilamientos*, 25-2-59; *Fusilamientos*, 2-3-59; *Más ejecuciones*, 27-2-59; *Fueron fusilados más convictos de los crímenes en Cuba*, 6-3-59; *Nueva exhortación de clemencia en Cuba*, 10-3-59.

¹² Véase DOMÍNGUEZ, Jorge. Cuba 1959-1990. In: BETHELL, Leslie (ed.). *Historia de América Latina*. Barcelona: Crítica, 1998, Tomo 13, pp 183-221.

¹³ Jules Dubois era, al momento del triunfo revolucionario, corresponsal del diario *Chicago Tribune* en La Habana y, como ya se ha dicho, encabezaba el directorio de la SIP. No obstante, se había interesado por la carrera de Fidel Castro por lo menos desde 1947, habiendo entrevistado al líder en varias ocasiones tanto en la isla como durante su exilio. También había observado largo tiempo la carrera de Batista y de sus allegados para analizar el agitado curso de la política cubana. El añejo interés del periodista por el acontecer de Cuba le permitió tener lista para mediados de 1959 su propia biografía de Fidel Castro. Véase DUBOIS, Jules. *Fidel Castro ¿Rebelde, libertador o dictador?*. Buenos Aires: Grijalbo, 1959.

la tarea que ante sí tiene Fidel Castro es ahora, definitivamente, subordinarse al jefe civil de la Nación y fundir el régimen militar con el régimen civil lo más rápido posible. No es saludable para Cuba vivir en un constante estado de agitación¹⁴.

A las vicisitudes de la labor destructiva, se sumaba la no menos compleja tarea constructiva, tensada de forma implícita por las relaciones diplomáticas a nivel continental que suponía, aún, una suerte de policromía ideológica difícil de descifrar. Dubois, atento a las circunstancias, recordaba a la opinión pública desde las páginas de *La Nación* que “el ejército de civiles barbudos de Fidel Castro derrotó a un ejército adiestrado por una misión militar de Estados Unidos” y que esa errónea política norteamericana de “ganar gobiernos y perder pueblos” repercutiría tarde o temprano¹⁵. De hecho, la voz de la triunfante revolución empezaba a transmitirse a nivel subcontinental, en lo que podría denominarse un incipiente internacionalismo antidictatorial, el que, a la vez que afirmaba el nacionalismo cubano ponía en entredicho a la Organización de Estados Americanos (OEA).¹⁶

En efecto, Fidel Castro consideraba ineficaz la labor de la OEA por considerar que “no resuelve nada; solamente ha intervenido en pequeñas guerras pero no ha prestado ningún servicio a los pueblos”. Pasando del dicho al hecho, el gobierno cubano se había resuelto a combatir las dictaduras latinoamericanas, y en lo inmediato, a que estos países fueran expulsados de la OEA. Las firmes declaraciones del líder cubano en materia de política internacional apenas fueron indicadas en *La Nación* a través del levantamiento de opiniones de otros medios colegas que, dicho sea de paso, veían con preocupación la cruzada antidictatorial de Castro¹⁷.

La gran cobertura que mereció el arribo de Fidel Castro a Buenos Aires el 1º de mayo de 1959 para participar de la reunión de

¹⁴ Jules Dubois, “La senda que se abre para Cuba”, en *La Nación*, *La América de hoy*, 3-2-59.

¹⁵ Jules Dubois, “Una lección que no debe olvidarse”, en *La Nación*, *La América de hoy*, 14-2-59.

¹⁶ Domínguez, *Cuba 1959-1990...*, p. 184.

¹⁷ *La Nación*, *Grave incidente frente a la embajada de Haití en Cuba*, 11-3-59.

los 21 delegados de la OEA, confirmó la expectativa que el diario albergaba respecto de Cuba y de la personalidad de su líder. Su palabra en la 6ª sesión del cónclave sentenciaba que “no puede haber libertad sin pan, ni pan sin libertad y no es posible separar el ideal económico del político”, a la vez que fustigó la corrupción de las dictaduras latinoamericana y de los gobiernos constitucionales de la región que se apartaban de la moral¹⁸.

La algarabía con que fuera celebrada la visita de Fidel a Buenos Aires en las páginas del diario era complementada por la opinión de Dubois, quien festejaba la iniciativa del líder cubano que desde Buenos Aires reclamaba préstamos por parte de Estados Unidos de treinta mil millones de dólares en diez años para fomentar las economías latinoamericanas: “el líder cubano tiene, sin duda, razón, pero lo que ha demorado la adopción de un plan de esa amplitud es el hecho que el dinero necesario no está disponible”¹⁹.

La euforia inicial ante la Revolución Cubana alcanzaba en esta reunión su cenit; acaso sin saberlo, el diario se aprontaba a ingresar en una nueva fase analítica.

2. Decepción

El curso de la Revolución Cubana no siguió los derroteros esperados por la opinión liberal latinoamericana. El golpe final que, en apariencia, los “barbudos” aplicaban contra la dictadura *batistiana* se comprendía en términos del avance inexorable de la democracia: de Perón a Rojas Pinilla, de Pérez Jiménez a Batista, los más enconados adversarios de tal régimen político yacían derrotados. Sólo rémoras quedaban, simbolizadas por Trujillo, Stroessner y algún otro dictador de vieja estirpe. Pero a contramano de tal visión idealizada, el régimen castrista emprendió una serie de avances nacionalistas e igualitarios que, poco a poco, fueron encendiendo luces amarillas en ese supuesto camino hacia la democracia “sin adjetivos”. La primera

¹⁸ La Nación, *Una importante reunión tuvo el comité de los 21*, 3-5-59.

¹⁹ Jules Dubois, “Progreso económico y libertad”, en La Nación, *La América de Hoy*, 20-5-59.

ley de reforma agraria, supuso de por sí un creciente antagonismo con el gobierno norteamericano, convertido en una especie de vocero de los intereses terratenientes afectados en Cuba.²⁰ Aún cuando un análisis circunstanciado de las razones que empujaban al gobierno cubano en esa dirección brilla por su ausencia en el periódico argentino, una primera prevención hizo su aparición hacia julio de 1959:

Cuba sigue sufriendo la “transición”. Surgen de tiempo en tiempo conatos de complots y amenazas de terrorismo. Pero más sería para la afirmación del gobierno levantado sobre el derrumbe de la dictadura es la orientación del propio quehacer revolucionario. La demagogia es, en efecto, enemiga del gobierno²¹.

Para el diario, peligroso era un exceso de igualitarismo en función gubernativa. Pero el inesperado curso revolucionario implicaba otras facetas. Y estas se vinculaban con el creciente control gubernamental sobre las informaciones periodísticas. En Cuba, como ha ocurrido en otros procesos revolucionarios, o por lo menos igualitarios, el régimen gubernamental ha sido poco amigo de la crítica de la acción de gobierno. Ciertamente, en períodos de aguda lucha política, con tensiones crecientes entre los grupos y clases sociales, nada sería menos esperable que una absoluta libertad de expresión. Adicionalmente, debería considerarse seriamente que esta “libertad” no ha sido, en ningún caso conocido, “igualitaria”: algunos grupos cuentan con ella, y otros no. En Cuba, tal situación se tornó particularmente grave para los propietarios de periódicos ante la actitud asumida por los trabajadores: incluir, debajo de los editoriales o notas, breves líneas –no autorizadas por la dirección– refutando o cuestionando la opinión expresada²².

Así las cosas, los propietarios de empresas periodísticas condenaron expresamente la práctica de los trabajadores cubanos,

²⁰ Véase ARANDA, Sergio. *La revolución agraria en Cuba*. México: Siglo XXI, 1988.

²¹ La Nación, *Visiones de América*, 13/7/1959.

²² Este hecho fue integrado como un indicador de la radicalización del proletariado cubano por ZEITLIN, Maurice. *La política revolucionaria y la clase obrera cubana*. Buenos Aires: Amorrortu, 1973.

señalando –quizá no erradamente– que el gobierno castrista era el principal instigador de esa línea de acción. Con todo, parece evidente que el tratamiento dado por la prensa continental al asunto incluye en los reclamos por la “falta de libertad de prensa” un sesgo clasista, de patronal ofendida ante los avances injustificados de los trabajadores, quienes, aparentemente, ya no sabían guardar su lugar. Así, el nucleamiento de los diarios americanos organizados en la SIP, consideraba que la situación de la prensa en Cuba “era la más compleja e insoportable” que hubiera sufrido el periodismo de un país americano, porque:

En cada periódico se ha constituido una comisión de obreros de los talleres, empleados de la administración y algunos periodistas que tiene la facultad [...] de agregar una nota aclaratoria al artículo o información [...] que ellos deseen, que se imprime al pie del mismo y en la que se hace constar que lo publicado no se ajusta a la verdad [...]²³

Tal condena, que priorizaba la defensa del derecho de propiedad más que la libertad de expresión –si es que ésta no se supone una exclusividad de los propietarios– fue prontamente seguida por el diario argentino. Sin embargo, el cuestionamiento a la ausencia de libre expresión periodística se conjugaba, en *La Nación*, con impresiones políticas de neto corte interno. En este sentido, ya tempranamente, un editorialista del diario creía advertir en esa tendencia del gobierno castrista una semejanza desafortunada con el “régimen depuesto” (ergo, el peronismo), cosa que no podría ser más intolerable. Así, en nota firmada por Juan Valmaggia, por entonces subdirector del diario (además de representante del medio en la SIP) se entendía que:

El héroe de Sierra Maestra admite difícilmente la disidencia [...] A ello hace eco, por lo demás, una cadena de periódicos, radios y televisoras que amplían los agravios y, más papistas que el Papa, tornan menos cómoda la posición del que disiente. Quienes conocimos al régimen que empobreció a nuestro país no podemos dejar de pensar con pena, por amistad hacia el pueblo cubano, en el curioso parecido que todos estos métodos tienen con lo que implantó en la Argentina el sistema abatido en septiembre de 1955²⁴.

²³ La Nación, 13/5/1960.

²⁴ La Nación, 9/10/1959.

Lo grave era el “parecido de familia” que el articulista creía ver entre castrismo y peronismo, el cual, por inducción, tornaba al primero cuestionable. En la época, las semejanzas entre ambos regímenes, o liderazgos, fueron destacadas por otros autores²⁵. Es interesante remarcar esta visión, porque ofrece una pauta de las dificultades para “clasificar” el régimen cubano en el contexto epocal. Durante buena parte de 1960, diversos organismos o voceros gubernamentales norteamericanos avanzaron constantemente la prédica del “comunismo” que se iría entronizando en la isla.²⁶ Del mismo modo la SIP, especialmente ante la prédica de uno de sus principales funcionarios, Jules Dubois. Este –a quien ya hemos tratado como articulista de *La Nación*– había cambiado su inicial apoyo a Fidel por una ferviente animadversión, vinculada con lo que entendía era una “traición” del líder cubano al proyecto democrático inicial (tal, evidentemente, como Dubois lo entendía)²⁷.

Por entonces, los directivos de la SIP tenían llegada directa a los círculos gubernamentales del país del norte. La administración Eisenhower, sin embargo, no estaba del todo convencida de que el “comunismo” dominase la realidad cubana; o por lo menos, dudaba en expresarse públicamente de esa manera. Análisis recientes, basándose en documentos desclasificados, han mostrado que el gobierno norteamericano ya consideraba a Castro un enemigo y se planeaba eliminar el problema de cualquier manera²⁸. Pero en la época, esos planes secretos no eran conocidos por los formadores de opinión,

²⁵ Por ejemplo, un periodista brasileño de “Tribuna da Imprensa”, quien no sólo veía similitudes, sino que suponía que las mismas estaban directamente vinculadas con la presencia de peronistas, experonistas o protoperonistas en las esferas de dirección cubana; ver BACIU, Stefan. *Cortina de hierro sobre Cuba*. Buenos Aires: Edit. San Isidro, 1961. Inclusive la literatura académica veía tales parecidos: Véase el artículo de DI TELLA, Torcuato. Populismo y reforma en América Latina. *Desarrollo Económico*, vol. 4, Nº 16, enero-marzo 1965, quien incluía al castrismo como una variante “radical” del populismo latinoamericano.

²⁶ Un conocido sociólogo norteamericano cuestionó contemporáneamente ese tipo de interpretación. Véase MILLS, Charles Wright. *Escucha, yanqui*. México: FCE, 1961.

²⁷ La interpretación del curso revolucionario como resultado de la “traición” de Castro ha sido de larga duración. Recientemente, un participante del proceso revolucionario que prontamente fue radiado, enjuiciado y condenado, insiste en la misma versión. Ver MATOS, Huber. *Como llegó la noche*. Buenos Aires: Tusquets, 2004.

²⁸ Véase SKIERKA, Volker. *Fidel*, Madrid: Martínez Roca, 2004.

norte o latinoamericanos, y por ende no formaban parte de la ecuación con la cual construir una interpretación consistente.

Así, lo que prevalece es la duda. Y el diario argentino no estará exento de ella. Por una parte, la dubitativa explicación recurrirá una y otra vez a la comparación con el peronismo como una forma de aproximarse al proceso cubano. Aún cuando el diario poco a poco se “desilusiona” con el curso que el proceso revolucionario había tomado, sigue pensando que, en origen, el movimiento estaba justificado. Pero la práctica específica del gobierno cubano, las reiteradas intromisiones en la libertad de expresión, conducían a *La Nación* a una opinión que resaltaba los aspectos negativos que el proceso, a su entender, iba cobrando:

Cuba nos duele. Por eso no podemos identificarla con sus eventuales dirigentes de una hora, aunque estos tengan en su haber la liberación reciente, aunque los domine un espíritu de renovación y reestructuración que comprendemos en sus finalidades y podemos compartir en sus aspectos entrañables, pero que no se concilian con la supresión de todas las libertades humanas [...] Pensar de otro modo sería, en efecto, suponer que el régimen abatido en nuestro país hace cinco años podía justificarse por las doctrinas y aspiraciones que proclamaba [...]”²⁹

De este modo, el diario daba a entender que la “justicia social”, aún cuando fuese un ideal colectivo, no podía conjugarse con restricciones a las libertades básicas. Los ribetes “peronistas” que creían descubrirse en el régimen cubano eran sinónimo de una deriva indeseada, e indeseable. Pero había algo más que “peronismo”. Los dilemas latinoamericanos de la época aunaban la democracia política con el desarrollo económico –un dilema de larga duración, ciertamente-, agudizados entonces por lo que se suponía era un modelo alternativo, encarnado en el “socialismo real”.³⁰ Avanzando un paso, un columnista del diario sintetizaba lo que en su opinión, era la distinción clave del momento:

En América Latina hay dos corrientes políticas fundamentales: la que basa su acción sobre la libertad de la persona humana en todos los

²⁹ *La Nación*, Editorial, 5/9/1960.

³⁰ Véase WRIGHT, Thomas. *Latinoamérica en la era de la Revolución Cubana*, México: Praeger, 1991.

terrenos –llamémosla, desde ahora, *neoliberal*– y la que se apoya sobre ideas *nacionalistas* y *socializantes* de fácil arraigo³¹.

Desde luego, el articulista presuponía que esta última conducía inevitablemente al “caos económico”, además de preparar “el camino al comunismo”. No hay más opción, entiende, que la neoliberal. ¿Habría algún motivo por el cual las ideas socializantes arraigarían fácilmente? Si los editores y articulistas de *La Nación* se formularon la pregunta, la respondieron oblicuamente: pensando principalmente en la influencia de las elites sobre las clases populares, más que en la probable predilección autónoma de las masas. Por este camino, la interpretación del caso cubano deriva inevitablemente hacia la “conjura de las elites”. El diario no prestó la menor atención al proceso de guerra civil que se desarrolló en Cuba durante todo el año sesenta, el cual, probablemente, ofrecería pistas menos aleatorias acerca de la radicalización política cubana que la mera voluntad de sus líderes³². Como los pueblos no cuentan, salvo como masa de maniobra (de “arraigo”) la interpretación del periódico tiene inevitablemente que volver sobre la “traición” de Fidel y sobre la imposición de políticas sobre la población por parte del gobierno.

Al mismo tiempo el interrogante se abre en otra dirección, vinculada pero distinto: la de qué hacer frente al régimen cubano. Aunque estamos muy lejos ya de la euforia inicial, y de la exaltación de la revolución cubana como modelo a seguir, la dificultad para definir “qué es” o en que se ha convertido ese proceso conlleva una duda metódica similar con respecto a que debería hacerse frente a él, o como tratar al régimen cubano.

En este sentido, una de las vías ofrecidas –de algún modo– por el propio régimen para una crítica ofuscada fue el intento por “exportar” el modelo cubano. Aun cuando tal intento no pasó de las

³¹ La Nación, *Panorama político*, 3/10/1960 (cursivas en el original).

³² Referencias a la violencia civil en los primeros años de la Revolución pueden hallarse en MESA-LAGO, Carmelo. *Dialéctica de la Revolución Cubana: del idealismo carismático al pragmatismo institucionalista*. Madrid, Playor, 1979; también en GRUPO DE TRABAJO “MEMORIA, VERDAD Y JUSTICIA”. *Cuba, la reconciliación nacional*. Miami: Univ. Internacional de la Florida, 2003, especialmente pp. 21-39.

palabras, salvo una que otra acción un tanto apresurada sobre la República Dominicana, diversos órganos de expresión política – periodísticos o consulares– advirtieron con recelo tal tentativa. Ciertamente, la apertura cubana al diálogo con los países comunistas, y el incremento de sus relaciones comerciales, ofrecieron otra vía – un tanto más fácil– para la misma crítica. El clímax, en este sentido, fue la “recomendación” de los cancilleres americanos reunidos en Costa Rica, condenando –sin nombrar a Cuba– la aproximación diplomática de cualquier país americano con los regímenes comunistas³³; recomendación exaltadamente contestada desde Cuba con la conocida “Declaración de La Habana”, de septiembre de 1960.

El asunto –por el momento– no pasó a mayores. Pero la ambigüedad del ambiente político latinoamericano al respecto contribuyó sin duda a la permanencia del interrogante que estamos tratando aquí. Para *La Nación*, a pesar de suponer una creciente presencia comunista en las playas cubanas, la respuesta al dilema permanece abierta:

Convertida [Cuba] en instrumento de la penetración totalitaria del comunismo soviético, sólo cabe frente a su régimen oficial una actitud de cautelosa prudencia, de defensa constante³⁴.

Como en todo este período, la cautela se impone en la opinión del diario. Pero en poco tiempo las brumas de la duda se disiparían.

3. Condena

En un editorial del 5 de enero de 1961, titulado “América frente al castrismo”, el diario reseñaba las (supuestas) advertencias que había ido realizando acerca de las características del régimen cubano, “sus desviaciones ideológicas, sus sospechosas relaciones extracontinentales”, las que lo conducirían inexorablemente a un enfrentamiento directo con el resto de los países del continente.

³³ Véase BOERSNER, Demetrio. *Relaciones internacionales de América Latina*. Caracas: Nueva Sociedad, 1990, p. 260-266.

³⁴ *La Nación*, Editorial, 5/9/1960.

Ahora, ya no había lugar para vacilaciones ni ambigüedades; los acontecimientos hablaban por sí mismos:

Por fortuna, tantos elementos de juicio provistos por los propios abanderados del sistema dictatorial vigente en Cuba, así como la acción subversiva de éste vigente en todo el Caribe, han terminado por abrir muchos ojos. La inmensa mayoría de los que creyeron en el heroico paladín de la democracia defendida desde los vericuetos de la Sierra Maestra –y nos contamos entre ellos– han terminado por rendirse a la evidencia³⁵.

A pesar del lenguaje florido, y la insistencia en acusar al régimen cubano por sus tentativas de “exportar” su revolución como las causas que obligaban al diario a una severa censura, la “evidencia”, en rigor, tenía orígenes más pedestres. Ciertamente, la condena del diario fue de la mano con la ruptura de relaciones diplomáticas resuelta por la administración norteamericana con la República Cubana. Según los norteamericanos, su paciencia se había agotado ante las permanentes denuncias (“infundadas”, según ellos) de los cubanos acerca de los ingentes preparativos para una invasión armada a la isla. La ruptura de relaciones de los norteamericanos incluía, además, una velada amenaza acerca de probables acciones cubanas en torno a Guantánamo. En este sentido, es sintomático que el diario, que en otras ocasiones había referido su complacencia ante el final de situaciones coloniales agotadas (en particular, en África y en Asia) evite todo comentario directo sobre la situación de la fortaleza americana en la isla. Apenas circunspectas reseñas de los dichos de la Administración Eisenhower al respecto³⁶. El tópico, parece, ameritaba cierto silencio, más que una definición explícita: difícilmente podría avalarse abiertamente la ocupación de tierra cubana por una potencia extranjera.

La oposición entre cubanos y norteamericanos se distendió, por corto tiempo, tras la asunción de John F. Kennedy como nuevo mandatario del país del norte. Hasta los dirigentes castristas –y el propio Fidel– tuvieron ciertas esperanzas de lograr un *modus vivendi*

³⁵ La Nación, *Editorial*, 5/1/1961.

³⁶ Véase La Nación, *Visiones de América*, 8/1/1961.

más armonioso, teniendo en cuenta el halo progresista que emanaba de la flamante administración. Tales esperanzas, sin embargo, se frustrarían totalmente al producirse la invasión de Playa Girón. Existe un amplio consenso, tanto entre investigadores del proceso cubano como en ensayistas, pró o anti castristas, en considerar claramente probada la intervención norteamericana en el asunto, proveyendo apoyo logístico y material a un contingente de combatientes formado principalmente de exiliados cubanos de diversos perfiles políticos³⁷. Con todo, cabría preguntarse si ese apoyo norteamericano aparecía como evidente al momento mismo de los acontecimientos. En principio, desde luego, la invasión de Playa Girón parecía dar crédito a la tantas veces formulada denuncia cubana sobre los preparativos de la misma, formalmente presentada en diversos foros internacionales que optaron consecuentemente por desestimarla. Al producirse el hecho, la reacción pública en diversos lugares del mundo fue de abierta condena a la intromisión norteamericana: desde manifestaciones populares en El Cairo hasta críticos editoriales de la prensa europea insistían en condenar las actividades norteamericanas sobre Cuba. Pero inclusive hasta algunos medios de prensa norteamericanos se hicieron eco de la condena: así, el *New York Times* indicaba que “la ayuda que los Estados Unidos ha dado a los exilados cubanos en adiestramiento ha sido objeto de una propaganda demasiado intensa como para ser ignorada”³⁸.

A pesar que estas reacciones fueron publicadas, día tras día, en las páginas del diario, *La Nación* optó por interpretar los hechos bajo la hipótesis de la guerra civil:

Lo efectivo y concreto es que ha habido cubanos para defender a Castro y cubanos dispuestos a terminar con el régimen castrista [...] realmente, si los Estados Unidos hubieran descargado una parte de su poderío militar sobre Cuba ya no podría haber más discursos de Castro³⁹.

³⁷ Un intelectual norteamericano (muy crítico de la revolución cubana, o “castrista”) consideró totalmente demostrada la participación del gobierno de su país en el hecho; ver DRAPER, Theodore. *La Revolución de Castro. Mitos y realidades*. Buenos Aires: Asociación Argentina por la libertad de la cultura, 1962.

³⁸ Reproducido en *La Nación*, 17/4/1961.

³⁹ *La Nación*, *Panorama internacional*, 23/4/1961.

Entre esos “discursos de Castro” pronunciados al calor de los acontecimientos, ha sido destacada la denominada “declaración del carácter socialista de la revolución”. En medio de un colérico mitin popular del 16 de abril de 1961, pocas horas después que aviones norteamericanos bombardearan algunos puntos de la isla y pocas horas antes de la fracasada invasión, Fidel reclamó la movilización popular para defender la “revolución socialista y democrática de los humildes, con los humildes y para los humildes”. Internamente, esta definición tuvo consecuencias directas y decisivas, tal como lo reconoce Carlos Franqui, aun con las reservas que el tiempo impone a sus memorias:

¿Señal a la Unión Soviética y a Estados Unidos? Seguramente. ¿Razones internas? Sin duda. Aprovechaba una circunstancia difícil para anunciar al pueblo una definición que cambiaba muchas cosas [...] hacía parecer lo que ya era una realidad como algo necesario que le imponía el enemigo exterior⁴⁰.

Externamente, sin embargo, tal declaración no tuvo en el momento mayor repercusión. Para atenernos al medio que aquí analizamos, el “socialismo de los humildes” castrista no mereció ninguna reflexión de *La Nación*, ni fue utilizado como un elemento más en ningún argumento condenatorio.

Por otra parte, parece evidente que la victoria castrista ante la invasión fortaleció decididamente al régimen cubano. Aún cuando los dirigentes cubanos pudieran referirse discursivamente, una u otra vez, a la amenaza latente de nuevas invasiones, la resolución del conflicto armado en Playa Girón contribuyó a un cambio de perspectiva continental sobre el régimen cubano: éste había llegado, por así decir, para quedarse. No había posibilidades visibles de un rápido cambio en la situación política de la isla. Y tal cambio de perspectiva parece haberse hecho carne especialmente en los medios diplomáticos latinoamericanos, como quedaría registrado en la Conferencia de Punta del Este de agosto de 1961.

⁴⁰ FRANQUI, Carlos. *Retrato de familia con Fidel*. Barcelona: Seix Barral, 1981, p. 242. (Este autor fue un activo participante de la Revolución, alejándose hacia los años setenta).

Esta reunión había sido convocada al efecto de establecer la llamada “Alianza para el progreso”. Es útil destacar que la administración Kennedy, al impulsar este proyecto, recogía una iniciativa ya formulada por líderes latinoamericanos: desde la “operación panamericana” formulada por el presidente brasileño J. Kubistchek hasta las demandas por una creciente inversión de capitales en Latinoamérica indicada por R. Prebisch⁴¹. Inclusive, hasta el propio Fidel Castro, en su época de adalid democrático continental, había formulado ideas similares como vimos en un apartado anterior.

La Alianza para el Progreso no tuvo posteriormente, mayores visos de concreción: las esperadas inversiones norteamericanas que contribuyeran a “modernizar” la región brillaron por su ausencia, o escasez. Sin embargo, en la esperanzada reunión de Punta del Este – y contra lo que suelen creer apresuradas visiones retrospectivas– los diplomáticos latinoamericanos no se lanzaron a una “cruzada” anticubana. No se trató de ningún modo de “excluir” a Cuba de la “alianza” económica continental, a cambio de las supuestas inversiones del país del norte. Con su notable agudeza, el Che Guevara, representante cubano en la reunión, lo advirtió:

Consideramos que en uno de los párrafos se admite explícitamente la existencia de regímenes diferentes a los que tienen la filosofía de la libre empresa y que, por lo tanto, se admite la existencia, dentro del cónclave americano, de un país que presenta una serie de características que lo diferencian de los demás pero que, sin embargo, le permiten estar dentro del total [...]

Aunque Cuba, según su representante, se abstendría de votar la Carta de Punta del Este, no dejaba de señalar su simpatía por las aspiraciones allí recogidas y, acaso principalmente, expresaba su regocijo por el cambio de perspectiva de los gobiernos de la región ante el régimen castrista:

[...] creemos que se ha establecido el primer vínculo de coexistencia pacífica real en América y que se ha dado el primer paso para que

⁴¹ Véase PORZECANSKI, Roberto. *Alliance for Progress or Alianza para el Progreso? A Reassessment of the Latin American Contribution to the Alliance for Progress*. Master of Arts in Law and Diplomacy Thesis, The Fletcher School, 2005.

aquellos gobiernos que están decididamente contra el nuestro y nuestro sistema reconozcan, al menos, la irreversibilidad de la Revolución Cubana y su derecho a ser reconocida como un Estado independiente, con todas sus peculiaridades, aunque no guste su sistema de gobierno⁴².

El representante norteamericano en la reunión rechazó que el documento admitiera tal interpretación. Su discurso, no obstante, fue tan poco convincente que hasta los enviados de *La Nación*, proclives a cuestionar la labor de Guevara en Uruguay y a ensalzar la del norteamericano, se vieron compelidos a guardar un prudente silencio. Evidentemente, la interpretación del *Che* sintonizaba con la opinión de los gobiernos latinoamericanos, o de parte de ellos: de no ser así, sería inexplicable la “condecoración” que le otorgara días después el presidente brasileño Janio Quadros (político al que difícilmente podría ubicarse en la izquierda), o la reunión de Guevara con el presidente argentino Frondizi.

El paso del comandante argentino-cubano ocasionaría estrepitosos resultados: si Quadros renunciaría pocos días después de su reunión con Guevara, el presidente argentino sufriría embates directos de círculos derechistas influyentes, especialmente en esferas militares.⁴³ Tales consecuencias probaban, de algún modo, que estos gobiernos intentaban establecer mecanismos de diálogo y cooperación con el régimen cubano que se apartaban notoriamente de la pretensión lisa y llana de exclusión que sustentaban las corrientes más reaccionarias. No era para nada infundada la amarga conclusión del diario *La Nación* formulada en directa relación a la política exterior argentina, aunque sin duda teniendo *in mente* los dilemas brasileños:

El hecho es que el apoyo a Cuba, directo o indirecto, consolida un régimen comunista en América Latina y sienta un precedente [...] La coexistencia pacífica puede ser, en definitiva, la comunización pacífica⁴⁴.

La melancólica reflexión tomaba nota de las realidades políticas. Aunque el diario había celebrado que la delegación cubana

⁴² Ambas citas del discurso del “Che”, en GUEVARA, Ernesto Che. *La Revolución. Escritos esenciales*. Buenos Aires: Taurus, 1996, p. 153-154.

⁴³ Véase NUN, José. América Latina, la crisis Hegemónica y el golpe militar. *Desarrollo Económico*, Vol. 7, N° 23, 1967.

⁴⁴ La Nación, *Panorama político*, 27/8/1961.

no hubiese firmado la Alianza para el Progreso, era indudable que los gobiernos latinoamericanos habían aceptado, como dijera el *Che*, que la Revolución Cubana era “irreversible”. Cerrado el camino de la invasión armada directa, ¿qué hacer entonces ante un régimen socialista instalado y fortalecido en la América Latina?

La alternativa parece haber sido ofrecida por los políticos cubanos en el exilio articulados en el “Frente Democrático Revolucionario”, en una abierta campaña publicitaria, apoyada encubiertamente por los círculos gubernamentales norteamericanos y publicitada por Jules Dubois. A partir de supuestos documentos “robados” en la embajada cubana en Buenos Aires, los políticos cubanos pretendían demostrar la existencia de un vasto complot fidelista que tenía por objetivo desestabilizar o subvertir los gobiernos democráticos de la región, comenzando por el argentino. Los documentos, que a posteriori –y merced a los cautelosos procedimientos de la administración Frondizi– se mostrarían totalmente falsos, fueron no obstante presentados en una reunión de la SIP, lo que ocasionó, por añadidura, feroces controversias y acusaciones recíprocas entre algunos editores norteamericanos⁴⁵. *La Nación* se alineó directamente con las posiciones de Dubois, y extraía la conclusión de la necesidad de apartar al régimen cubano del sistema interamericano (conclusión, evidentemente, que era la pretensión máxima del organismo de la prensa continental). Ni siquiera la falsedad de los documentos apartó al diario argentino del objetivo prefijado. En un singular editorial, donde se conjuga el temor al comunismo con la irreverencia ante la “objetividad” periodística cuando se juegan partidas decisivas, el matutino afirmaba:

Debe ser admitido [...] que son las nuestras “democracias sitiadas” por la subversión totalitaria, en general, y comunista en especial. En este sentido, el episodio de los documentos cubanos puede inducir al error de creer que la infiltración y la conspiración fidelista-comunista en América son un hecho sujeto a probanzas que aún no se han producido. Los documentos, en este sentido, no podían constituir, de ser admitidos, sino una prueba sobreabundante de lo ya conocido⁴⁶.

⁴⁵ Véase *La Nación*, 19/10/1961.

⁴⁶ *La Nación*, Editorial, 20/10/1961.

Las cartas, podría decirse, estaban echadas. La presión norteamericana sobre los gobiernos de la región, con el propósito de excluir a Cuba de la organización interamericana, se tornó crecientemente insoportable. Esa decisión fue tomada en la reunión de cancilleres celebrada en Punta del Este, en enero de 1962, con el número de votos apenas imprescindible (y a duras penas conseguido por los norteamericanos), y refrendada por la OEA un mes más tarde. El objetivo norteamericano de la reunión, logrado y ciertamente anunciado con bastante antelación (ya en noviembre de 1961 se auguraba que en la reunión de Punta del Este se apartaría a Cuba) fue, si se quiere, ayudado por un discurso de Fidel Castro proferido el 1 de diciembre de 1961, donde el líder cubano no sólo afirmaba ser “marxista leninista” sino además ofrecía una curiosa interpretación del curso de la revolución donde el engaño y la manipulación cobraban una relevancia inaudita⁴⁷. Desde luego, el discurso generó una catarata de notas y editoriales, del diario que aquí analizamos –y de otros, indudablemente– reprobando y condenando los dichos de Castro. Era, de algún modo, la gota que rebalsaba el vaso: no había ya motivos para mantener posiciones tibias ante el régimen cubano. Y sin embargo, un analista de *La Nación*, evitando por un momento la diatriba fácil avanzó, con sutileza, una interpretación que aún el paso de los años no ha tornado inverosímil:

La actitud de Castro no fue por eso desde su propio punto de vista desafortunada: habiendo percibido el rápido deterioro de la paciencia americana y puestas sus esperanzas nada más que en Moscú, el fidelismo se apresuró a comprometer el apoyo soviético con una formal declaración de adhesión a los principios comunistas⁴⁸.

Consideraciones finales

En el relativamente breve período analizado aquí, el discurso periodístico del diario *La Nación* referido a la Revolución Cubana sufrió profundas inflexiones. Tales cambios fueron influidos, en parte

⁴⁷ Es sumamente difícil hallar una versión completa de este discurso. Hemos leído extractos fundamentales en *La Nación*, 5 y 6/12/1961. Citas entrecortadas pueden verse en HARNECKER, Marta. *La revolución social (Lenin y América Latina)*. Buenos Aires: Contrapunto, 1986.

⁴⁸ *La Nación*, *Panorama político*, 10/12/1961.

por el propio desarrollo del proceso cubano, en parte por el devenir de la política continental. Pero también, las inflexiones discursivas estuvieron determinadas por una cierta manera de producir ideología por el periódico⁴⁹. De acuerdo a Ernesto Laclau, el carácter de clase de una ideología o discurso ideológico no está dado por los “contenidos” que pueda albergar, sino por la forma de su articulación, por su “principio articulador”. De este modo, por ejemplo, un discurso burgués puede incorporar “contenidos” de raigambre socialista, los cuales serán “resignificados”, quitándoles un probable sesgo rupturista y transformados en simple diferencia⁵⁰. Nos parece útil retomar esta idea para contrastarla con las características del discurso de *La Nación*.

El diario era un exponente típico del credo periodístico, de raigambre liberal, acerca de la dicotomía entre “noticias” y “opinión”: “las noticias son sagradas, la opinión es libre”⁵¹. Sea por respeto a este principio, o por otras razones, lo cierto es que el diario publicó una multitud de información sobre la Revolución Cubana: inserción de notas provenientes de agencias internacionales, reproducción de editoriales de diarios extranjeros, artículos firmados por cronistas, etc. La cantidad y variedad de la información publicada por el diario puede ser contrapunteada con la “opinión” formulada por *La Nación* a respecto del mismo proceso informado. En este punto, y acaso exactamente a la inversa de lo postulado por Laclau, la “opinión” del diario parece basarse en “a priori” concluyentes. La multitud de noticias publicadas no son “articuladas” en el discurso opinativo, sino sometidas a un meticuloso proceso selectivo, que a veces se asemeja a un olvido deliberado. En síntesis: en lugar de la “articulación”, el discurso liberal-conservador del periódico opera en base a la exclusión, desechando simplemente las noticias que no se corresponden con su idea preconcebida.

Recebido em 09 de março de 2009.
Aprovado em 23 de setembro de 2009.

⁴⁹ Véase VAN DIJK, Teun. *Estructuras y funciones del discurso*. México: Siglo XXI, 1997.

⁵⁰ Véase LACLAU, Ernesto. *Política e ideología en la teoría marxista*. Madrid: Alianza, 1986.

⁵¹ Véase ALSINA, Miquel Rodrigo. *La construcción de la noticia*. Barcelona: Paidós, 1993.